

y del artista, en su vuelo hacia los horizontes esplendentes de las supremas liberaciones.

Su pasión era su maniatación.

Y en esa hora amarga de cavilaciones, entre el pensador y el amante, se lidiaba la batalla definitiva.

Amanecía.

Soplaba una brisa fresca. El sol con sus destellos se anunciaba tras la mole borrosa de los cerros. El Rimac lucía a trechos el verdor de sus orillas, y la informe aglomeración de sus guijarros, ante la azul claridad del alba indecisa. La naturaleza despertaba saludada por el canto parlero de las aves y el grito estridulo de los insectos en un himno de Triunfo y de Alegría.

Fiacrán se sintió estremecido.

Contagiado por ese canto de vida en admirada contemplación, gozó del espectáculo seductor.

Y oyó ese lenguaje de la naturaleza, que le decía cosas raras, cosas inexplicables.

Era una hipnotización ese canto después de la lidia espiritual que delineó el gesto de su alma.

Y de cara al sol, ya esplendente sobre los cerros áridos, se dió cuenta de que era un medio de la vida ansiosa de renovaciones.

Admiró su ayer, ese ayer que creyera su felicidad, y el hoy que decía a sus oídos: vé a la vida, que la vida no es sólo el amor, ni el amor la felicidad.

Amor que exige el sacrificio de la personalidad, es un atentado contra el cual las almas fuertes, lejos de abatirse, deben levantarse en ansia infinita que genera anhelos de victoria.

Y dió al viento su amor, su amor que lo postró abatido; su amor que era su maniatación y sus lágrimas, pero también un trozo grande y hermoso de su vida.

Y ahondando su conciencia, sa-

cando fuerzas de su propia debilidad, creada por el bien, ido, no dejó en su alma sino el estímulo heroico, el exponente de una energía verdadera, capaz de ir a la conquista de la Dicha y de la Libertad a impulsos de una voluntad fecunda.

Sí, desposarse con la vida, y combatir y sufrir, sufrir y triunfar. Escalar los cielos, alto, arriba, en la cima, donde vuela el cóndor.

Y, afrontarla, depurando el espíritu, desechando las sombras importunas amagadoras de la fe, y en aquilatamiento de la sinceridad, dar nuevo impulso a las fuerzas conscientes y vivas, superándose en las nuevas batallas, en las batallas confusas del porvenir.

Y el alma erguida, en aliento de orgullo viril, de orgullo fecundo, capaz de cambiar el tono de la vida en los estremecimientos de la Acción; porque sólo en ella se encuentran los esplendores de las grandezas altaneras, de los ardientes orgullos, de las sublimes alegrías.

Sólo la Acción, es vida que vibra y vida que explota: choques de huracán y estremecimientos de pasiones; alboradas de ideal y reflejos de infinito.

Y sobre esa palpitación, las visiones del porvenir, como un miraje de esperanza.

Y seguir la ruta con los conquistadores del ensueño.

Y en esos torrentes encontrar la amada ideal: la mujer que sea musa que inspire, brazo que guie y cariño que conforte.

Que sea la alianza, hecha de fantasías y de espasmos, de encantos y de esfuerzos, de bellezas y de glorias, de glorias y redenciones.....!

Y Fiacrán transfigurado, ante el sol riente de las alturas, se desposó con la Vida.....

Carlos del Barzo.

Hemos recibido dos obras nuevas: **Por la vida**, por J. Pous y Pagés  
**Las rocas blancas**, por Eduardo Rod. Precio: 50 céntimos el tomo.  
**EDITADAS POR LA POPULAR BIBLIOTECA DOMENECH**